VULCANO

HILARIÓN

FRÍAS Y SOTO

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

VULCANO
NOVELA REALISTA

HILARIÓN FRÍAS Y SOTO

Claudia Canales Ucha
Presentación

Lorena de Anda Alanís
Rocío Paytuvi Llorente
Emilia Rodríguez Cid
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO
Segunda Serie
Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL
Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre, Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL
Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Hilarión Frías y Soto, *Vulcano. Novela realista*
Primera edición digital: 22 de octubre de 2018
D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez
Ilustración de portada: Abraham Bonilla Núñez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

Presentación. Eléctrica afrodisia o la reinvención del panteón clásico. Notas a propósito de *Vulcano*
Claudia Canales Ucha 5

Vulcano

Introducción 15
I. **Os voy a contar una historia** 17
II. Era el 2 de noviembre 19
III. La noche estaba fría 23
IV. Seis meses habían pasado 29
V. ¿Quién de mis lectores no conoce nuestros bailes? 35
VI. **¿A qué pintar la lucha interior en que entraron** mi razón y mi deseo? 39
VII. Y en efecto, Vulcano se llevó la palma 45
VIII. Pero aquella mujer no cometía un crimen inútil 47
IX. Había pasado algún tiempo 51
X. El tiempo **ha transcurrido** 55

Noticia del texto 57
Hilarión Frías y Soto. Trazo biográfico 59
Notas 61

PRESENTACIÓN

Eléctrica afrodisia o la reinvención del panteón clásico. Notas a propósito de *Vulcano*

Claudia Canales Ucha

Esta novela brevísima de Hilarión Frías y Soto, la primera de las dos únicas narraciones que forman parte de su obra, comienza en una fecha indeterminada de los años ochocientos cuarenta y abarca un lapso también impreciso, pero ciertamente dilatado para sus escasas páginas. Entre la exaltación del relator/protagonista, cuyo nombre nunca se revela, y los drásticos giros de la trama, acaso poco verosímiles, no hay resquicio para las acotaciones temporales o la descripción de atmósferas. Lo que lleva en vilo al lector es la sucesión de acontecimientos que marcan la trayectoria de la protagonista femenina: desde el mísero jacal campirano donde vive con una anciana ciega, hasta las cimas de la sociedad metropolitana donde sacia su hambre de riqueza y muere aún joven, durante el parto doloroso y malo-

grado de un hijo adulterino, trance en el que radica su expiación.

El eslabón que une los extremos entre Filomena y Julia —dos nombres y dos caras de la misma mujer— es el joven estudiante que la rescata de la vida rural, la lleva a la ciudad y la hace su querida empeñándolo todo, para convertirse luego en objeto de su desdén e instrumento pasivo de sus designios mujeriles. Es justamente ese joven amante quien escribe la historia muchos años después. Lo hace a instancias del amigo que en la Introducción de la novela funge como primer narrador y hacia el final irrumpe como testigo del desenlace, gracias a una estrategia de Frías y Soto cuyo propósito es, quizá, conferir dinamismo a la estructura de la obra o bien acentuar el anonimato y la distancia frente al recuento en primera persona de una saga escabrosa, sí, pero al fin de cuentas edificante. Tal como sostiene el protagonista en los primeros párrafos, se trata de "la pintura de nuestros jóvenes" y de un "cuadro de las costumbres íntimas", lo que confirma por la vía de la narrativa esa vocación retratística de Frías y Soto, patente en sus aportaciones a *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855) y en la colección de crónicas de su *Álbum fotográfico* (1868), por no mencionar muchas otras que publicó en diferentes diarios y que hacen de su firma una presencia ubicua en el periodismo decimonónico.

Resulta difícil pensar que una mujer de la catadura moral de ella y un varón tan arrojado e inconsistente como él fueran retratos más o menos fieles de la sociedad mexicana de la época. En 1861, cuando se publicó por primera vez la novela en las páginas del diario satírico *La Orquesta*, el país asimilaba apenas el término de la Guerra de Reforma y el triunfo liberal, mientras que en mil ochocientos cuarenta y tantos, donde se ubica el comienzo de la anécdota, la maltrecha nación se desbarataba entre invasiones y querellas. Pocos ámbitos debe haber habido entonces para que Filomena viviera con su amante de espaldas al mundo y Julia esplendiera poco después como una revelación ante propios y extraños; en el ambiente parroquiano de la capital no había lugar para la relajación cosmopolita, lo cual lleva a preguntarse qué es lo que en realidad aspiraba a retratar Frías y Soto.

Son varias las posibles respuestas: en primer lugar, los temas y las tramas de la novelística europea de su tiempo, de la que hallamos una pista en la mención a Paul Féval, pequeño guiño del autor a sus fuentes y afinidades literarias no obstante sus reticencias morales hacia ellas; en segundo lugar, un asunto mitológico de estirpe grecolatina —los amores de Afrodita y Vulcano, el dios tutelar de los hornos y las forjas—, adaptado al contexto de un México cuyos escasos letrados estaban

ávidos de referencias occidentales legitimadoras; y por último, mas no de menor importancia, una noción de la mujer profundamente arraigada en la mentalidad masculina, hija de la cosmovisión judeo-cristiana, heredera de la tradición española, y germen también de la ética laica que en el curso del siglo XIX aspirarían a implantar librepensadores como Frías y Soto. El lector advertirá por sí mismo cómo ya en la pobre lazarilla se anuncian rasgos inquietantes: "en religión era una especie de idólatra" y, en cuanto a principios, "nada le revelaba esa difícil demarcación del bien y del mal". Eso sí, era rubia, lo que en un país de piel oscura la redimía tal vez de su rudimentario bagaje.

Al emprender la lectura de *Vulcano* conviene reparar en varios elementos que pueden pasar inadvertidos a quienes se dejan llevar sólo por los giros de la trama. Es muy interesante, por ejemplo, el doble nombre de la protagonista. Y no sólo por tratarse de un recurso más bien temprano en nuestra historia literaria y que entraña tanto el problema de la personalidad escindida, que explotarían con gran éxito muchas ficciones del siglo XIX, como el dilema de la falsa identidad encubridora, tan cara a la literatura policíaca que empezaba a gestarse en otras latitudes. Lo es también porque en ambos nombres, Filomena y Julia, subyacen asociaciones no del todo gratuitas. Desde el punto de vista

etimológico el significado del primero, Filomena, está ligado a la música y al canto de ciertas aves. Sin embargo, en la tradición clásica deriva de Filomela, hija del rey ateniense Pandión y hermana de Procne. Ésta es dada en matrimonio a Tereo por sus hazañas de guerra, pero él, enamorado de su cuñada Filomela, la viola y le corta la lengua para que guarde silencio. Mediante un bordado hecho por su hermana, Procne se entera de lo ocurrido; entonces sacrifica al hijo engendrado con Tereo y, sin que él lo sepa, lo induce a comérselo. Algunas versiones, sin embargo, consignan que es Filomela quien desposa a Tereo y lo hace devorar a su propio hijo. Parece difícil saber cuál de las dos leyó Frías y Soto, pero es evidente que en ambas la figura mitológica —víctima o victimaria, según se vea— está marcada por el infortunio y una criatura muerta. Por su parte, Julia, avatar de Filomena tras su conversión en mujer de mundo, es femenino del latín "Julio", dado genéricamente a una estirpe romana de la que formó parte César. En la hija que éste tuvo con Cornelia, de nombre Julia, hay algunas resonancias biográficas con el personaje de Frías y Soto: casada por interés de su padre con Pompeyo, un hombre muchos años mayor que ella, la Julia de la era romana, tan hermosa como la decimonónica, muere al dar a luz a su único hijo.

Dado el título del relato, parecen insoslayables las claves clásicas en tanto que símbolos de lo que está detrás de los hechos articuladores de la narración. Así, Filomena no es nada más (y al mismo tiempo) Julia —nombre adoptado de su libre arbitrio para abrazar una nueva vida o dar curso a su otra personalidad—, sino que es también, sobre todo, Afrodita; Afrodita, diosa del deseo, en el episodio de sus amores con el viejo y deforme Vulcano, quien labra para ella, con sus dotes de herrero y orfebre, un trono de oro. Entre la confusa genealogía del anciano cojo, trasunto del dios griego Hefesto, el pasaje del trono queda consignado con mayor o menor relevancia por diferentes mitógrafos; no obstante, es evidente que el novelista echó mano de él para dar densidad a su alegoría y señalar, a manera de moraleja, el gran problema del siglo: el amor al dinero, pasión, al parecer, indisociable del temperamento femenino. El vuelco final de la novela reserva al lector todavía una extraña paradoja: el embarazo de Filomena/Julia como resultado del adulterio al que ella incita, la misma noche de sus nupcias con un opulento anciano, a nuestro joven narrador. La muerte de la protagonista en el fallido alumbramiento de Marte —símbolo de los hijos ilegítimos que Afrodita engendró con Ares— es al mismo tiempo redención, por medio de la maternidad, y castigo, por la vía de la muerte; un casti-

go acaso excesivo para la mujer, si es que el verdadero culpable de todo es el becerro de oro, como sostiene la tesis final de la novela.

Entre las ambigüedades o curiosidades de esta novela de Frías y Soto, llama la atención la nacionalidad del personaje masculino, quien al comienzo del relato afirma "haber partido de [su] país natal" y llevado consigo "el recuerdo de la mujer que había dejado en [su] país." La noción que dejan estas frases se pierde al cabo de unos cuantos párrafos, al no haber ninguna otra mención del relator a su misterioso lugar de origen. Cabría preguntarse entonces si estamos ante un desliz narrativo, o si se trata más bien de un galicismo, toda vez que en el francés del siglo antepasado *mon pays* no se empleaba nada más para referirse a la nación de pertenencia sino sobre todo a la región o pueblo originario, modalidad que no tenía ni tiene en español, aunque resuena en la palabra "paisano", empleado indistintamente para los coterráneos y connacionales. Así pues, la mención al país natal por parte del novelista puede llevar a confusión, si es que se trata de una manera afrancesada de referirse a la patria chica; o, dicho de otro modo, el narrador no provendría del extranjero sino de algún rincón de la provincia mexicana.

Es preciso privilegiar la dimensión imaginaria de la literatura, pues gracias a ella las cosas que se ven a sim-

ple vista adquieren profundidad y significado; pueden ser muchas otras. Una vez hechas las reflexiones pertinentes, o más bien, antes de ellas, habría que entregarse a la lectura de *Vulcano* con la mirada abierta a las metamorfosis, las transmutaciones y las sorpresas que guarda la mitología antigua en el México afrancesado de Hilarión Frías y Soto.

VULCANO

INTRODUCCIÓN

Era una noche de orgía. Las luces comenzaban a apagarse sustituidas por la verdosa flama del ponche.

La tempestad nos lanzaba por intervalos sus relámpagos, sus truenos y el fantástico silbido del viento; la lluvia azotaba los cristales del balcón.

Estábamos reunidos en torno de una mesa varios amigos de juventud. El vino hacía fermentar la sangre en aquellas cabezas, y comenzaban a cruzarse las confidencias, las revelaciones, mil historias de amor más o menos verídicas, más o menos llenas de sentimiento.

Repentinamente una voz seca, vibrante, casi ríspida, se atrajo la atención de todos. Era la del joven en cuya casa estábamos, que nos contaba uno de los episodios de su vida.

Su frente pálida estaba empapada de sudor, y su voz temblaba repitiendo la emoción que hacía sentir a su alma el terrible recuerdo del pasado.

Casi al concluir de hacernos su relato, el criado hizo llegar a sus manos un billete. Apenas lo hubo leído,

se precipitó hacia la puerta y salió a la calle. Instintivamente lo seguí, temiendo le aconteciese una desgracia, y presencié el desenlace de la historia que poco antes nos contaba.

Pasó el tiempo, y yo deseando conservar el cuadro tan vivo, tan animado y tan lleno de originalidad de aquel episodio de la vida del joven, le pedí me lo narrara otra vez. Pero se resistió mucho y sólo más tarde me remitió escrita la historia que hoy os cuento, quizá cuando ya habían muerto todos los personajes de ella, por lo cual se le podía dar publicidad.

Yo la repito aquí tal como la escribió el héroe de ella.

I

Os voy a contar una historia de mi juventud, una de esas historias que sin el escepticismo de nuestro siglo serían un drama, pero que son una verdad, que pasan junto a nosotros sin ser casi notadas, y que cuando somos el héroe de ellas nos dejan un remordimiento por recuerdo, y por sello indeleble el hastío en el corazón y la muerte eterna de las creencias.

Contar una historia así es lavar algo la mancha de un crimen: oídla con interés, porque es la pintura de nuestros jóvenes, el animado cuadro de las costumbres íntimas de nosotros los civilizados del Nuevo Mundo.

II

Era el 2 de noviembre de 184... Hacía dos días que había partido de mi país natal para venir a México, a pagar mi tributo a la refinada prostitución que, con pretexto de civilizarnos, pedimos a la literatura francesa actual. Mi familia decía, sin embargo, que iba a México a *educarme*.

Conmigo venían tres jóvenes, tres concolegas a quienes enviaban también a los colegios de México a terminar una carrera profesional.

Asociados los cuatro habíamos tomado un carruaje, lo que era más económico, aunque más dilatado, que si camináse mos por la posta.

El sol estaba próximo a ponerse: el campo árido, seco, sin galas, presentaba por todas partes esa monótona uniformidad que tanto cansa al viajero; yo, por mí, comenzaba a padecer los primeros síntomas de la nostalgia. En cuanto a mis compañeros de viaje, seguían en su interminable charla, hablando de sus pasadas aventuras y de sus proyectos para el porvenir.

Llegábamos ya a las cercanías de un pueblo, que debía ser por aquel día el término de nuestra jornada, cuando vimos a la orilla del camino a dos mujeres que se aproximaban al carruaje. Una, ya anciana, era ciega; la otra, joven, conducía a la primera. Nos pedían una limosna.

A pesar de traer fijo el recuerdo de la mujer que había dejado en mi país, y a la que creía amar, la fisonomía de la joven mendiga me hizo una impresión profunda, que crecía más mientras más la contemplaba.

Era rubia; quizá contaba en su progenie alguno de esos europeos que atraviesan nuestro suelo explotándolo, sin duda para *ilustrarnos* y que alguna vez se dignan cruzar nuestra raza, acaso con el *filantrópico* fin de mejorarla.

Si las madejas de oro de su espléndida cabellera hubieran estado tocadas con perlas y flores, si aquel cuerpo de Diana Cazadora lo hubiesen envuelto el raso y el terciopelo con sus ondulantes pliegues, si aquellos piececitos, entonces descalzos, los hubiera ceñido un botín de seda, la pobre limosnera sería la reina de los salones.

Mis compañeros de viaje no se fijaron en semejantes pormenores. Uno de ellos distraídamente les arrojó al pasar una moneda.

Yo sentía entre tanto una impresión tan viva, tan profunda, una necesidad tan imperiosa de acercarme

a aquella niña, que al momento en que llegamos a la población tomé informes sobre la mendiga, y los conseguí, porque en los lugares cortos todos se conocen.

Apenas logré separarme de mis compañeros de viaje, cuando me lancé a pie por los campos de los alrededores en pos de la preciosa mendiga.

III

La noche estaba fría, pero hermosa en su cuarto de Luna y sus millares de estrellas; el viento, que soplaba con fuerza, llevaba por aquellos prados desiertos el triste y agudo clamoreo de las campanas de la iglesia del pueblo, que tocaban la plegaria de los difuntos. Era el día de muertos.

¿Por qué ese tétrico doble que impregnaba por todas partes su majestuosa tristeza, no llenaba mi espíritu de ideas de muerte, y no me detenía en medio de mi vertiginosa carrera?

En la juventud se aspira la vida a torrentes, y sólo al agotarla, cuando nada queda más allá, el cansancio y el hastío traen en pos de sí la meditación, y con ella las emanaciones de la tumba donde hemos de dormir el sueño eterno.

Llegué al fin de mi camino.

Al terminar el valle, donde las peñas comenzaban a romperse en barrancos, en medio de un terreno fragoso y lleno de espinos, había una casita miserable, casi en ruinas, cuyas paredes se abrían en grietas que la vege-

tación invadía por todas partes, y cuyas puertas estaban sin batientes, suplidos éstos por yerbas secas y piedras. La frágil costra de cal que conservaban aún aquellas paredes estaba ennegrecida por el humo, como si un incendio hubiera sido la causa de aquella ruina. Acaso la guerra civil había pasado por allí, dejando impresa su maldita huella.

Llegué a la puerta de la choza que sólo estaba iluminada por algunas varas secas que ardían en el suelo, contenidas entre tres piedras.

La pobre ciega dormía en un rincón; nadie más había en la pieza.

Di vuelta alrededor de la casa y al llegar a su espalda, hacia el lado de la barranca, vi a una mujer que venía lentamente por la vereda que conduce al arroyo, llevando un cántaro sobre el hombro.

Era la rubia.

Pronto la alcancé, y al llegar a su lado dio un grito de asombro, sin poder huir, paralizada por el terror.

—Niña —le dije—, no tenéis que temer. Soy uno de los pasajeros del último carruaje que ha llegado hoy al pueblo. Os he visto pedir limosna, me ha conmovido vuestra situación, he tomado informes y heme aquí que vengo a ofreceros mis auxilios.

La joven no comprendió, le hablaba un idioma

nuevo, y sin embargo se tranquilizó algo, su rostro se serenó y me contestó sonriendo.

¿A qué contaros el diálogo que tuvimos? Aquella niña completamente ignorante, cándida, porque su aislamiento y su edad la habían preservado hasta entonces de la corrupción que hay en los campos, como en todas partes, aquella niña medio salvaje casi, tenía en medio de su rudeza misma instintos que me sorprendieron, y sentimientos que me afectaron profundamente.

En el camino donde recogía la mezquina limosna con que se alimentaba, adivinó que había un mundo que no podía gozar; pero que sospechaba lleno de comodidades, de alicientes y placeres. Lo entreveía pasar a sus ojos con la rapidez con que cruzaban los carruajes de donde saltaba el ruin óbolo que la pobre niña alzaba del polvo, para ponerlo en manos de la ciega.

La hermosa rubia tenía un nombre bellísimo; ese nombre que rara vez se oye en nuestras ciudades, y que hace reír a nuestras aristócratas, es dulce como el ave que lo lleva.

La niña se llamaba Filomena.

En medio de su candor salvaje comprendió que yo era un peligro para ella, y se retrajo en su inferioridad intelectual, como un caracol en su concha, plegando

sus expansiones como hace la sensitiva con sus hojas al sentir la mano que la toca.

Supe de ella, sin embargo, que no era hija de la ciega. Vivía a su lado como el único lazo a que se viera unida desde niña; era un lazo de hábito, que en su comunidad de intereses las mantenía unidas, porque la limosna de que vivían era el producto de la enfermedad de la una y de la compañía de la otra. No amaba a la anciana, aunque tampoco la odiaba; solía, sí, recordar el mal trato que a veces sufría de ella.

Filomena ignoraba todo: en religión era una especie de idólatra, como lo son la mayor parte de los habitantes del campo. En cuanto a moralidad, si no era su instinto, nada le revelaba esa difícil demarcación del bien y del mal.

Sacar a aquella niña de su rústico retiro, romper la tosca venda que cubría sus sentidos, y lanzarla al torbellino del mundo con la copa de la voluptuosidad en la mano, ceñida de flores la frente como una de esas bacantes de nuestra civilización, era una infamia, era uno de esos crímenes que no se borran jamás del libro de la conciencia.

¿Por qué pensé siquiera en ello?

Sólo anhelaba aspirar los primeros y embriagantes perfumes de aquella flor ignota y solitaria. Me complacía en calcular lo que aquella niña guardaba de placeres

en su mórbido y precoz desarrollo de mujer. Era casi mía, era mi descubrimiento, me pertenecía y no habría esfuerzo de seducción que no ensayara para consumar mi conquista.

Todo lo puse en planta, en efecto, y cuando nos separamos habíamos combinado un plan para más adelante.

Al despedirnos para vernos al siguiente día, estampé un beso en aquellos labios rojos y calientes. Filomena se había perdido para siempre: la profanación de una virgen comienza desde el primer beso que concede.

Al otro día mis compañeros de viaje partieron solos.

IV

Seis meses habían pasado desde que hice mi entrada en la capital de la República.

Contando con una renta más que suficiente para lo que necesita un estudiante, habitaba una pequeña y hermosa casita amueblada con sencillez, pero con gusto.

Filomena estaba conmigo. Después de haberse asegurado de que dejaba yo a la anciana lo necesario para vivir por algún tiempo, se decidió a partir. Y lo hizo sin despedirse de la pobre anciana, sus ojos apenas se humedecieron al pasar el umbral de la choza donde había vivido siempre, y ni una vez siquiera volvió el rostro hacia atrás para mirar lo que dejaba a su espalda. Es que la ambición, el amor y el deseo del placer ocupaban su espíritu entero; no tenía corazón y comenzaba su carrera en la vida civilizada cometiendo una infamia; era ingrata.

Y no era ya la áspera e ignorante campesina que no sabía lo que eran el mundo y la vida; ya no cubrían su cuerpo los harapos de la mendiga. En el corto espacio de tiempo trascurrido había aprendido cuanto puede

saber una mujer. Con esa precocidad de instinto y rapidez de concepto que sólo las mujeres poseen, adivinó modales, locución, arte de agradar y de mentir, todo lo que comprende la deliciosa escuela de su sexo. Aprendió a leer y a escribir en menos tiempo del que emprendería en ello un hombre.

Su belleza se había realzado con el cultivo. Era, en suma, la refinada cortesana a la que sólo le faltaba salir al escenario, pero cuyo papel estaba perfectamente estudiado.

Estaba Filomena recostada con indolencia en un sillón; sus ojos se dirigían algunas veces hacia mí y volvían a cerrarse después, pero quedaba en sus labios una sonrisa de compasión y desprecio.

Yo, sentado frente a ella, me entregaba a las mayores demostraciones de desesperación.

Y tenía motivos para ello. No bastando ya la renta que me había asignado mi familia, para cubrir las exigencias de Filomena, había contraído deudas que eran enormes. El lujo y las comodidades de que la había rodeado disminuían rápidamente, porque agoté la fuente de mis recursos, puesto que nadie quería prestarme más.

Eso, que ella llamaba privaciones, la disgustó y pronto tuvimos una escena. Habíamos cruzado algunas de esas frases que dejan una herida eterna en el alma.

—Filomena, recuerda —le dije—, que eras una miserable mendiga destinada a vegetar oscura e ignorante de todo; ¿cómo exiges hoy lo que no tienes ni derecho a extrañar? Por ti me he arruinado, y tú, en vez de alentarme y consolarme, derramas nueva hiel en mi alma ya cansada de sufrir. Mas no lo extraño; la mujer que por seguir al advenedizo abandona a una ciega que le ha servido de madre y de la que era el único guía, no tiene corazón, y es una infame de la que nada se debe esperar.

—¿Y qué nombre merece —me preguntó sonriendo con desprecio— el que seduce a una niña a cometer una falta, cuando esa niña no tiene educación, ciencia ni instinto siquiera para evitar el mal? La discusión, además, es inútil; mil veces te he propuesto que nos separemos.

Aquél era mi lado vulnerable. Separarme de Filomena me era imposible; hábito, más que hábito, necesidad había en mí de tenerla siempre a mi lado. Mi sangre no circulaba sino estimulada por el fuego de su vigorosa organización. La veía además como mi obra: bajo mi cultivo se había desarrollado su inteligencia, bajo mi cuidado se había pulido aquella belleza que hoy exhalaba en su irradiación el afrodisiaco estimulante del deseo, que cada vez me ligaba más.

Después de un momento de silencio, íbamos tal vez a continuar la discusión, cuando llamaron violentamente a la puerta.

Me levanté a abrir y me encontré con cuatro personas que dando mi nombre pasaron adelante. Entre ellos reconocí a un ministro ejecutor, a uno de esos hombres sin entrañas que llevan siempre a la casa del desgraciado nuevas lágrimas, nuevos dolores, nuevos disgustos... ¿Cuándo un código racional e ilustrado suprimirá ese odioso aborto de la curia antigua?

Un acreedor implacable venía a apoderarse de cuanto me pertenecía para satisfacerse; tenía razón.

Filomena nos hizo un ligero saludo con la cabeza y salió.

Terminada la diligencia salí en su seguimiento deseando sacarla de aquella casa donde nada nuestro teníamos, pues todo estaba a disposición del depositario; pero Filomena había desaparecido.

Nadie pudo informarme de su paradero.

Comenzó abandonando a una pobre ciega; ¿cómo no me había de abandonar?

Profundamente hábil, tuvo el talento de engañarme, y jamás había yo sospechado que me guardaba un sustituto, desde que advirtió la ruina que me amenazaba; ese sustituto era el mismo acreedor en cuyo poder había quedado cuanto me pertenecía. Pasados algunos meses, supe que se había desposado con Filomena, y que ambos partieron para el interior de la República, buscando un lugar a donde no conocieran los antecedentes de la desposada.

El esposo de Filomena murió poco después, dejando a su esposa todos sus bienes. La viuda volvió a la capital.

V

Quién de mis lectores no conoce nuestros bailes? En México se baila como en la mayor parte de los países meridionales, por sólo el furor de hacerlo. En esas brillantes reuniones nada se da al espíritu, todo es a la materia; la agitación, el ruido, el pretexto en todo para reunirse dos sexos y dos deseos. No habléis a nuestros jóvenes en un baile, no oyen, no entienden; consiguen una bella compañera para mezclar con ella su aliento y lanzarse con ella en el torbellino coreográfico, y nada les importa que la que arrastra al compás del vals sea o no una estúpida.

Me encontraba en uno de esos bailes.

No eran aún las doce de la noche, y estaba fastidiado ya, tal vez porque estaba allí la mujer de mis amores actuales, y tenía que sostener a su lado el papel de amante y que guardarle fidelidad. Toda fidelidad cansa; quizá por eso el matrimonio que hace consistir la dicha de los esposos en la procesión mutua y enteramente exclusiva de dos cuerpos y dos almas, no trae para ambos, pasado algún tiempo, sino el cansancio y el desvío.

Repentinamente se oyó resonar un nombre por los ámbitos del salón: "Julia", decían todos los hombres con pasión, las mujeres con envidia, y casi al punto se vio entrar a una joven en todo el esplendor de su belleza, vestida con un lujo profuso, pero perfectamente elegido. Al momento todo cuanto había allí de juventud, de vida, de aromas y de brillo, fue para ella. Las luces y las flores eran el fondo del cuadro donde se ostentaba su altanera hermosura, y las demás mujeres se vieron en segundo término opacadas por la idealidad de aquella joven, cuyo rostro habría inspirado a Rafael.

Al verla, apenas pude contener un grito, sentí un vértigo que me desplomó sobre mi asiento, de donde me había parado al entrar ella, mis oídos zumbaron y mi sangre se retiró del corazón con violencia.

La había reconocido, era Filomena; pero ¿por qué se anunciaba con otro nombre?

Ella al pasar me reconoció; pero ni una de las líneas de su rostro se descompuso, ni uno de los músculos de su frente arrugó aquella piel de seda. Era suprema en el arte del disimulo. ¡Y sin embargo, frente a ella estaba un hombre que poseía el secreto de su vida, un hombre que había ajado, el primero, la flor inmaculada de su alma, un hombre que, con sólo soltar una palabra, podía perderla ante la opinión pública! Pero ¿qué le importaba? Sabía que yo no había de soltar aquella

palabra, o acaso estaba segura de que nadie me creería; tan alta, tan impenetrable, así aparecía con su disfraz de reina, el mejor de los disfraces.

Había enviudado; y rica con los bienes de su marido, venía a la capital, cubierto ya su verdadero nombre con el que le dio su esposo y que era bastante conocido. ¿Quién, entonces, había de ver en ella a la oscura querida de un estudiante, y menos aún a la mendiga que recogía una ruin limosna en la orilla de un camino?

Al principio cuidé de no aproximarme a ella. Algunos años antes no hubiera sido así; me hubiera agradado dar a entender a todos los que admiraban a Julia que tenía sobre ellos derechos de intimidad. Ahora, por el contrario, la evitaba, quizá por ahorrarle el disgusto de una explicación, o acaso por temer yo los resultados de nuestra entrevista. La impresión que en mí había hecho aquella mujer era profunda y no se borraba aún; y ¿cómo no evitar que bajo su influjo se despertaran en mí aquellas sensaciones desgarradoras que amargaron toda la época de la posesión?

¿Comprendió ella mi delicadeza y mi temor?

Un momento salió del salón, y minutos después volvió a entrar del brazo del mismo que la había llevado al baile. Más adelante haremos su retrato porque es un personaje interesante en nuestra historia.

Se bailaba una contradanza, y ella vino a colocarse frente a mí. Al hacerse la figura, sentí que deslizaba un papel perfectamente doblado en mi mano; su rostro continuaba inmóvil; yo, por el contrario, debí haberme puesto horriblemente pálido; y devorado por el deseo de saber lo que contenía el billete, salí del baile lo más pronto que me fue posible.

No decía más que estas palabras:

> Te espero mañana a las diez de la noche en la calle... número...

¿Debía o no concurrir a la cita?

VI

A qué pintar la lucha interior en que entraron mi razón y mi deseo?

A la hora citada tocaba la puerta de su casa. Inmediatamente me condujeron a su lado.

La encontré como siempre, fría, indiferente, disimulada; bella, eso sí, como jamás la había visto. Y no había cuidado de adornarse porque iba yo a verla; antes, por el contrario, me pareció exagerado su descuido en vestirse; había en ello afectación, pero quería significar muy claramente que no tenía prevención alguna en mi favor. Si yo hubiera ido con la intención de ofrecerle otra vez más mi amor y el sacrificio de mi vida, aquello sólo me hubiera retraído de hacerlo; ese desprecio me hería.

—Te aguardaba —me dijo apenas me vio.

—Mas sin embargo, señora —le contesté con voz trémula—, no os había dicho que vendría.

—Mira —me dijo sonriendo—: suprime toda fórmula, y háblame como yo te hablo, como si aún estuviéramos en mi pobre casita. Éste es un convenio que

tengo que proponerte para más adelante. En cuanto a tu venida, te repito que te esperaba, y te juro que con la certeza de que no sería en vano, porque en el tiempo en que vivimos juntos, cuando no te cuidabas de mí, porque era una pobre niña ignorante, aprendí a conocerte. Sé que no se te borra la impresión que te hice desde la vez primera que me viste.

—¿Y tú no conservas nada de las tuyas? —le pregunté algo agitado, porque la manera como ella había comenzado una explicación tan difícil me asombró.

—No hablemos tonterías. Parte del principio que jamás me hiciste impresión alguna. Fuiste el primer hombre que encontré a mi paso, y el único capaz hasta entonces de sacarme de aquella condición miserable, y de lanzarme a un mundo que sabía que existía y que vivamente deseaba conocer. Y ni creas que aún te agradezco lo que me sacrificaste por halagarme, porque yo en cambio te sacrifiqué a mi vez la joya de más valor para la mujer, la virgen pureza del corazón y del cuerpo. ¿No te pagué con usura?

Aquel cinismo me aterró. Me decía una verdad amarga, es cierto, pero sin conmoverse, sin que aquellos dolorosos recuerdos humedecieran sus ojos.

Me dominó y afectando igual indiferencia le dije:

—¿Pues qué era lo que deseabas al pedirme esta entrevista, Julia?

—Te agradezco que me des ese nombre, que aunque no es el mío, quiero conservarlo. Adquiere el hábito de llamarme así, no sea que alguna vez me interpeles con mi nombre antiguo; esto sería llamar la atención. Vamos a otra cosa:

"Deseaba hablar contigo para asegurarme de que jamás evaporarás el secreto de mi pasada vida".

—¡Julia!

—Óyeme con calma. Te conozco y sé que eres incapaz de faltar a tu caballerosidad, perdiendo a una mujer que, al huir de tu lado, sólo deseaba sacarte de una posición difícil. Pero como me amas aún… no me interrumpas… me amas, y un arrebato de celos te haría acaso cometer una imprudencia, voy a decírtelo todo. Voy a casarme por segunda vez.

Me levanté de mi asiento; mi rostro estaba de tal suerte descompuesto, que Julia se asustó.

—¿Qué tienes? —me dijo sosteniéndome en su brazo.

—Nada, nada, Julia; ¿vas a casarte dices?

El rostro de aquella sirena tomó un aspecto de burla que me lastimaba profundamente.

—Me amas aún, y estás celoso. Óyeme sin embargo, y me comprenderás mejor. Es preciso, es indispensable que me case. Yo sola, aislada y con mis actuales recursos, no puedo sostenerme en la posición que ocupo ni

en el luminoso círculo en que giro. Los bienes de mi marido se acaban muy pronto, consumidos por este lujo que me es indispensable y absorbidos por los que los administran. Necesito reponerlos con un buen casamiento y la ocasión que se me presenta es tan espléndida, que sería una loca en dejarla escapar. Me caso con un hombre viejo pero opulento, con cuyo apoyo seguiré viviendo en esta atmósfera oriental de esplendor y sibaritismo que es la mía, la única en que me es ya posible vivir.

Aquel discurso frío, aquel calcular matemáticamente un matrimonio de conveniencia; me espantó e indicándome que la determinación de Julia era irrevocable, me quitó el poco sentido común que aún me quedaba, y arrostrándolo todo por no verla esposa de otro, ciego y aturdido le dije:

—Mira, Julia, tienes razón en decir que te amo aún; es cierto; y como tú tienes la profunda convicción de ello, apreciarás en toda su sinceridad la propuesta que voy a hacerte. Desecha ese matrimonio absurdo donde vas a sacrificar tu riquísima juventud. ¿Quieres acaso un hombre a tu lado, que te llene de consideraciones, de comodidades y halagos y que ese hombre sea tu marido?; pues bien, yo seré ese hombre; te debo casi semejante reparación.

—¡Tú mi marido! Voy a hacerte una confidencia que jamás te hubiera dicho, pero que me la arranca tu

generosa oferta, porque la estimo en todo su valor. Yo también te amo: no con la pasión que ciega y mata, pero siento por ti lo que por ningún hombre. Y sin embargo, jamás aceptaría un sacrificio tan inútil para ambos. Casi nada queda de los intereses que heredé de mi marido. Tú no podrías saciar mi desenfrenada sed de lujo y bienestar; mataría nuestra unión tu porvenir, y el disgusto y el tiempo te harían conocer que habíamos hecho un mal matrimonio, y seríamos eternamente desgraciados. ¡Imposible, imposible! Déjame realizar mi empresa.

—Entonces, Julia, ¿por qué volviste a despertar en mí un amor que creía dormido? Si sabes lo que me contagia tu eléctrica afrodicia, ¿para qué me llamaste?

—Me era preciso mantenerte en relación conmigo, más tarde sabrás la causa de ello. Entre tanto, déjame continuar mi obra. Me caso con mi hombre de plata, con mi dios de oro. Nueva Venus, elijo a mi feo y viejo Vulcano; pero no pierdas la esperanza, que aún algo tiene que hacer en ello Marte,[1] y tú harás ese papel, si acaso crees que valen algo mis caricias por partida doble, y que la duplicidad de mi amor tenga aún el placer suficiente para anegar en goces al preferido del corazón.

La propuesta era tan cínica como tan clara; nada respondí, aterrado al ver hasta adónde llegaba la corrupción de aquella alma.

Algunos minutos después salí, ofreciéndole volver.

VII

Y en efecto, Vulcano se llevó la palma, y Julia se desposó con un hombre viejo y despreciable, pero con cuyo oro había para satisfacer las exigencias de aquella Mesalina.[2]

Momentos antes de que llegara el cura que debía desposarlos, me acerqué pálido y enteramente trastornado a Julia.

—Es imposible —le dije—; esto no puede consumarse; voy a decir una palabra a ese hombre y ya no será tu marido.

—¡Silencio! —me contestó Julia muy agitada.

—Pero ¿esta noche de bodas? ...

—Calla, te digo, y vete de aquí, esta noche de bodas la pasaré a tu lado y en tu casa. Espérame en ella y disponme algo que cenar.

Y se separó de mí. Pero había en su oferta tal acento de verdad, que sin comprenderla y automáticamente la obedecí.

En efecto, a la media noche llegó a mi casa vestida aún con su espléndido traje de novia.

—¿Y tu marido? —le pregunté asombrado al verla.

—Acaba de ser reducido a prisión, en virtud de una denuncia anónima.

—Pero tú lo has denunciado, puesto que con anterioridad sabías que podías venir aquí.

—Más tarde comprenderás esto —me dijo sonriendo de una manera infernal—. Por ahora cenemos.

Y risueña y tranquila se sentó a mi lado a derramar en torno mío el entusiasta fuego de la orgía, sin pensar siquiera que profanaba la santa noche de bodas con el más infame de los adulterios.

En aquella noche quedó consumada la primera parte del mito de Vulcano y Venus. Había un tercero en la unión conyugal.

VIII

Pero aquella mujer no cometía un crimen inútil; todo entraba en su espantoso cálculo.

Nuestras relaciones al principio frecuentes y entusiastas se enfriaron lentamente, sobre todo después de que salió su marido de la prisión pública.

Pero Julia había cambiado notablemente. En su fisonomía y en sus expansiones había una dulzura que jamás le conocí; aun su frío escepticismo y su maligno descaro comenzaban a borrarse dando lugar a una tristeza profunda, pero apacible y dulce. Algunos días después dejamos, por fin, de vernos enteramente.

Un día recibí un billete suyo con sólo estas palabras:

Esta noche iré; espérame.

A las once llegó, en efecto, acompañada de una criada. Ésta se quedó en la primera pieza de mi habitación, y Julia entró a aquel gabinete donde hacia algunos meses había ido a manchar la honra de su marido. Pero esta vez no era la impura cortesana que brillaba en su

excitante belleza; era una joven tímida y dulce que sólo inspiraba un purísimo afecto; la contemplaba admirado y sin comprenderla.

Mas cediendo al hábito, me aproximé a ella; y ciñendo su cintura con mi brazo, estampé un beso en sus frescos labios. Julia me apartó de sí suavemente.

—Déjame —me dijo lentamente—; sabe que soy madre.

Di un salto hacia atrás.

—¿Qué dices, Julia? ¡Y tu marido tan anciano!

—¿Comprendes ahora por qué vine a concluir a tu lado una noche que era suya, enteramente suya? ¿Comprendes por qué fue su prisión? Necesitaba yo un heredero de sus millones, porque él muy pronto debe morir, y sus parientes me despojarían de todo; hoy será otra cosa.

—Pero es que ese hijo no es suyo.

—¿Lo sabe él acaso?

—Mas yo, Julia, no permitiré jamás que mi hijo lleve el nombre de otro hombre, y que se introduzca fraudulentamente a adulterar una raza y despojar a unos herederos legítimos...

—Previendo que pensarías así, he querido verte. Óyeme: el mal está ya hecho y es preciso resignarse a aceptarlo como es y con todas sus consecuencias. Profundamente me arrepiento de lo que hice, mas ya es tarde... —Y Julia rompió en llanto.

—Julia, Julia, ¡cuánto crimen, cuánta falta inútil! ¡Y bien que sólo tú te lanzaras a ese camino de baldón y afrenta! Es lógico, es natural; pero yo, que soy tan sólo tu juguete, y que me dejo arrebatar por tu satánica influencia...

El llanto sofocaba a Julia de tal manera que temí la matara el exceso de dolor. Me arrodillé frente a ella, y tomando sus manos entre las mías comencé a cubrirlas de besos. Yo la había amado, y entonces la amaba mucho más: era la madre de mi hijo; su influencia sobre mí era mayor, y un momento vaciló al fin esa enérgica resolución con que me proponía no ser cómplice de aquel crimen y estorbar que fuera mi hijo el cuerpo del delito. Comencé a defender mi causa, aunque con poco calor, cuando Julia me dijo sollozando:

—Pues bien, dilo todo a mi marido, aunque me cueste la vida; sea éste el castigo de mi falta. Pierdo mi posición, me convierto en una mujer deshonrada e infame; pero no importa, haz lo que gustes.

Y su llanto corría con abundancia.

¿Qué hacer? Permitir aquella suplantación, aquel adulterio de raza, y cooperar así a que una mujer ambiciosa desheredara a una familia, me parecía un crimen enorme. Además, iba a privarme de ver y amar a mi hijo. Por otra parte, vendía cobardemente el secreto de una mujer si descubría todo al marido. Mi resolución,

pues, cambió, y quizá cooperó mucho lo que me aterraba la idea de una conferencia con el esposo de Julia. ¿A dónde está, quién es, pues, el amante que ha tenido la virilidad suficiente para lanzar al rostro del marido la confesión de que se le ha deshonrado?

—Cálmate, Julia —le dije al fin—. Perdona mi locura; pero me resistía a la idea de tener que abandonar a mi hijo. Mas te ofrezco que te dejaré hacer lo que gustes.

Algunas horas después salió Julia, ya del todo tranquila.

El Marte de aquel Vulcano estaba cogido en una red de hierro.

IX

Había pasado algún tiempo desde nuestra última entrevista. Muy pocas veces había vuelto a ver a Julia, y en los últimos días su mismo estado la retenía en su casa; y llena de las más asiduas atenciones del marido, no disponía de un sólo momento que poder dedicarme.

Una noche estábamos reunidos en mi cuarto algunos compañeros de colegio, entre ellos los que venían conmigo en el carruaje que nos condujo por primera vez a México.

El viento soplaba con fuerza y la lluvia caía a torrentes.

Nosotros, sentados a la mesa y apurando vasos de ponche, nos hacíamos esas confidencias que, arrancadas en un momento de expansión, quisieran recogerse después de los profanos oídos que las han recibido. Esas confidencias habían comenzado por mí; yo había hecho la primera.

Profundamente preocupado con la última aventura de Julia, y esperando los resultados, que podían ser

terribles, mi divagación les había obligado a preguntarme la causa de ella.

Entonces yo les había contado todo, ocultando sin embargo los nombres.

Les dije cómo aquella mendiga, que semejante a la Señora de Gil Blas de Féval recogía una limosna en un camino,[3] había sido arrebatada por mí de su modesta cabaña, y se lanzó después en medio de nuestra aristocracia apoyada en un nombre respetable, el de su marido.

Y deteniéndome en los pormenores, comentábamos nuestra segunda entrevista, la que tuvimos la primera vez que nos encontramos después de su precipitada fuga, cuando me avisaron que un criado me traía una carta. La pedí, rompí el sobre sin conocer la letra, leí los pocos renglones que contenía y di un grito de terror sin poder contenerlo.

Mis compañeros de orgía me preguntaron la causa; mas yo, sin responderles, tomé mi sombrero y me lancé a la calle. Uno de mis compañeros me siguió y me alcanzó. Me tomé instintivamente de su brazo y lo arrastré a la casa de Julia, sin cuidarme de la lluvia que azotaba con violencia nuestros rostros.

La carta que había recibido, y que estaba firmada por el marido de Julia, no contenía más que estas palabras:

> Lo sé todo. El cielo no ha querido que el crimen se cometiera. He perdonado a Julia y le he ofrecido que ni una palabra cruzaría con su amante; en cambio, éste guardará el secreto de lo que ha pasado. Id inmediatamente a ver a Julia, y allí tendréis la explicación de todo.

He aquí por qué me lancé ciego a la casa de aquella desventurada: preveía una desgracia.

Llegamos en efecto; el joven que me acompañaba evitó hacerme una pregunta indiscreta.

Reinaba el silencio en toda la casa; las puertas estaban abiertas, y las piezas débilmente iluminadas.

En un gabinete contiguo a la recámara de Julia, estaba una joven, una de sus más íntimas amigas.

Al ruido de mis pasos levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre ambas manos, y vi su rostro empapado en lágrimas.

—¿Y Julia? —le pregunté aterrado.

Los sollozos la sofocaban, y no pudiendo pronunciar una palabra, me señaló con su mano la puerta de la recámara.

Me lancé a ella y la abrí.

El amigo que había ido conmigo permaneció parado en el umbral de la primera puerta.

Al abrir la vidriera di un grito de terror.

Julia reposaba en su cama. Cuatro velas de cera ardían en los cuatro ángulos del lecho.

Estaba muerta: junto a ella yacía, también sin aliento y sin vida, aquel hijo del adulterio que murió antes de ver la luz del día.

Los cirujanos habían desgarrado sus carnes al extraerlo. En la operación había sucumbido la madre.

No fue la venganza de un marido celoso; estas tragedias no son de nuestro siglo.

La fatalidad fue acaso la que pasó por allí, agostando a la vez con el soplo de fuego de su ala aquella flor llena de juventud y frescura, y el tierno botón que brotaba a su lado.

Julia, según supe después, antes de morir quiso reconciliarse con su Dios, que había olvidado durante tantos años, y para reparar su última falta, había confesado todo a su marido. Murió en medio de dolores terribles.

Sin saber lo que hacía, me senté a la cabecera de aquel lecho mortuorio.

Sumido en la inmensidad de mi dolor, mudo en su misma magnitud y desgarrador en su concentración, pasé la noche en vela, contemplando la divina belleza de aquella mujer, que la muerte no había tenido tiempo para borrar.

Al día siguiente tenía fiebre.

X

El tiempo ha transcurrido, la falta está olvidada, pero el remordimiento vive aún.

Sólo Vulcano, el marido de Julia, ha borrado de su memoria hasta el nombre de su esposa. Disfruta de sus riquezas y de las consideraciones que la sociedad les tributa.

Vulcano, el dios cojo, el dios del oro, debía ser el emblema de nuestro siglo.

México, mayo de 1861

NOTICIA DEL TEXTO

Vulcano. Novela realista fue publicada por primera vez en *El Bouquet* (1861), suplemento del periódico *El Movimiento* (1860-1861).

Entre el 2 de abril y el 3 de mayo de 1862 se reprodujo, en nueve entregas, en las páginas de *La Orquesta*. En 1869 volvió a aparecer en dicha publicación.

Firmada con el seudónimo Safir, la novela fue editada por *El Diario del Hogar* en la Tipografía Literaria de Filomeno Mata en 1882. La presente edición se basa en dicho texto.

Finalmente, el Instituto Nacional de Bellas Artes y Premià Editora publicaron la novela junto a *Álbum fotográfico* en 1984 (La Matraca, Segunda Serie, 7).

HILARIÓN FRÍAS Y SOTO
TRAZO BIOGRÁFICO

José Hilarión Rafael Jesús de los Dolores Frías y Soto nació el 22 de octubre de 1831 en la ciudad de Querétaro. A los 19 años se trasladó a la Ciudad de México para cursar los estudios de medicina; sin embargo, no pudo ejercer su profesión debido a que ocupó el cargo de secretario de gobierno de su estado natal.

Durante su labor como legislador en la Ciudad de México impulsó la ley del divorcio (1868); propuso una ley reglamentaria del artículo tercero constitucional, en la que planteaba la obligatoriedad de la educación, y participó en el debate sobre la reforma constitucional del ejercicio de las profesiones.

La relación con los miembros de La Academia de San Juan de Letrán permitió a Frías y Soto desarrollar su vocación de escritor. Sus primeros textos se publicaron en *El Sol* y *La Revista Universal*; posteriormente, colaboró en *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854). Como redactor y director del periódico *La Orquesta*, a partir de diciembre de 1867 y hasta junio de 1868, tuvo la oportunidad de presentar artículos de opinión

política y traducciones, así como obra literaria (*Vulcano* y *Álbum fotográfico*); además de haber sido pionero en la introducción de la caricatura como medio de crítica política. En 1867 funge como redactor de *El Boletín Republicano*; producto de esa experiencia fue la fundación de *Fra-Diávolo*, en marzo de 1869. Posteriormente, se incorporó a *El Semanario Ilustrado* y en 1871 laboró como redactor de *El Correo del Comercio*. Asimismo, en *El Diario del Hogar* escribió artículos en los cuales criticaba con severidad a las instituciones dependientes del Ayuntamiento de la Ciudad de México. A partir de agosto de 1881, fue director de la publicación *Independencia Médica*.

Hilarión Frías y Soto murió en la Ciudad de México en 1905.

NOTAS

[1] Evoca la leyenda griega en la cual la diosa del amor, Venus, fue infiel a Vulcano, viejo y rico dios herrero. Al enterarse de la infidelidad, el dios forjó, con el intenso calor de la furia generada por los celos, un tejido de metal tan fino y ligero que era imposible ver o destruir. Cuando Venus se reunió con Marte, dios de la guerra, en el palacio de Vulcano y se recostaron sobre la cama, el marido los sujetó tan fuerte con la red que no pudieron escapar. Vulcano llamó entonces a todos los dioses para exhibir a los amantes y hacer mofa de ellos. Véase "III: De los dioses de segunda jerarquía", *Dioses y héroes de la mitología*, Barcelona, Edicomunicación, 1996, pp. 55-59. Véase también «Eléctrica afrodisia o la reinvención del panteón clásico», presentación de Claudia Canales a la presente edición.

[2] Mesalina (*ca*. 25-48 d. C.), emperatriz romana cuyo nombre se asocia con las costumbres disolutas. Fue la tercera esposa del emperador Tiberio Claudio César (10 a. C.-54 d. C.). En la noche de bodas, después de haber descubierto en la intimidad la fealdad de su esposo, se escapó del tálamo nupcial y encontró el placer en un joven esclavo sirio. José María López Ruiz, *Los seres más crueles y siniestros de la historia*, México / Madrid, Diana / Libsa, 2005, pp. 63 y 64.

[3] Referencia a *Madame Gil Blas ou les Mémoires d'une femme de notre temps* (1856), novela de Paul Henri Corentín Féval (1816-1887), también conocido como Féval padre.

Vulcano, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 22 de octubre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de Norma B. Cano Yebra. La edición estuvo al cuidado de Braulio Aguilar.